

qué nombre inscribía una ofrenda tan rica. Una graciosa sonrisa, y algunas palabras llenas de modestia, le han hecho comprender que no debía insistir.

Este año las dos misteriosas señoras no se presentaron en la época acostumbrada. Mr.*** pensaba que estas generosas visitadoras habian renunciado a hacer sus donativos al Óbolo, ó que se habian dirigido por otro conducto. Al cabo de cinco ó seis semanas, se presentaron misteriosas y sencillas como de ordinario. Esta vez añadieron algunas palabras a su fórmula acostumbrada. Esto fué para excusarse. «Monseñor, dijeron, nos hemos tardado en venir, pero fué con el fin de aumentar un poco nuestro presente, a causa de las necesidades mas urgentes del Santo Padre.»

Cuando se retiraron se encontró sobre el bufete del prelado 26, ó 28,000 francos.

Este hecho nos ha sido referido por él mismo Monseñor*** †

Joya de una pobre obrera vendida para el Obolo.

«Señor y muy venerable Cura:

«Yo no soy mas que una pobre obrera. He perdido todo, mis queridos padres, y mi bien. Yo estoy casi sola sobre la tierra.... pero no, estoy en los brazos de la Providencia y bajo la proteccion de la Gloriosa é Inmaculada Virgen María. Desde hace mucho tiempo, señor, he deseado hacer una ofrenda a nuestro muy querido Padre el Soberano Pontífice. Hubiera querido enviar una suma mayor, pero el trabajo ha faltado y os confieso que no hubiera podido dar nada, si no hubiese recurrido a un pequeño expediente. Poseía una pequeña joya; me era muy querida, pues la heredé de mi

† Historia de la justificación del Obolo de San Pedro, por el abad Dumax.

madre. Me he desprendido de ella a fin de manifestar a Dios cuán sensible soy a los dolores de su Vicario. Yo anhelaba con todo mi corazón el que me fuese permitido a mí también, débil mujer, como al joven David, ir al frente de todos estos Goliath que se atreven a atacar a nuestro Santo Pontífice Pio IX.—N.***»

Un billete de 50 francos estaba encerrado en la carta de la pobre pero generosa obrera.

El cajon de Pio IX está frecuentemente vacío.

El Santo Padre tiene en su bufete un cajon ó especie de cofre donde deposita el dinero que destina a sus buenas obras. Frecuentemente este cajon está vacío.

Una persona se presentó hace pocos meses en audiencia. Llevaba al Papa cierta suma de dinero. «Hijo mio, le dijo con bondad Pio IX, haceis bien de traerme este dinero, yo no tenía nada.» Y el Santo Padre que conocia muy bien a su piadoso visitador, y que le queria mostrar que le trataba con una confianza paternal, abrió el famoso cajon: estaba muy vacío. Su Santidad prosiguió con una amable jocosidad: «Pio IX como un pobre hijo de San Francisco que es, no tiene nada. Pero he notado siempre, que la Providencia no lo deja jamas así, porque tiene necesidad de dinero para sus obras. Cuando este cajon está vacío, no se pasa ordinariamente el dia sin que reciba alguna cosa, aunque no sea mas que un escudo. ¡Vedlo! no tenía nada y hé aquí que me traeis una ofrenda, y ciertamente, es más que un escudo.» *

* N. S. P. el Papa es, en efecto, de la Tercera Orden de San Francisco. En una modesta sala del pobre convento de Franciscanos, cerca del coliseo en Roma, se leen estas palabras abajo de un retrato de Pio IX. *Pius IX P. M. hoc in s. recessu, MDCCCXXI, ad tertium Franciscalum ordinem adscissus est.*

dre, quinientos veinte francos bien contados. ¡Dios sea bendito!

Los huérfanos y los pobres, harán a fuerza de multiplicar el óbolo de la viuda, que se incline la balanza del lado de la misericordia, del triunfo y de la salud. Así sea!!!

Tengo a la vista el privilegiado y maravilloso estuche que encierra la preciosa suma destinada a sostener un zuavo al Pontífice-Rey.

¡Pobres niñas de la Caridad, que el buen Dios dé agilidad y gracia a sus dedos, para hacerlas aptas y ejecuten bellas obras! Sobre las faces exteriores se lee:

«*Viva Pio IX, Pontífice-Rey y Papa.—De la Inmaculada Concepcion.*» (Raso blanco, letras de oro.)

Sobre las caras exteriores, (raso azul, letras de oro), se lee:

«*A Pio IX—Las niñas de la Providencia—San José—en San Chamond [Loira.]*

Cada esquina del romboide, está adornada con preciosas guarniciones de perlas de todos colores! ¡Esto es bello! . . . Casi iba a decir, *digno del Papa*. Dentro de poco, una señora de Marsella habrá remitido de mano en mano, estuche y limosna al Soberano Pontífice, Papa de nuestro corazón.

Una carta va a interpretar este regalo, al que acompañan tan santos deseos.

En esta carta, las queridas niñas van a pedir al Vicario de Jesucristo, algunas bendiciones para sí.

*Las vocaciones al sacerdocio, recompensa de la adhesion
á Pio IX.*

Solo Dios que los ha inspirado, conoce todos los sacrificios heroicos que han suscitado entre los cristianos las persecuciones sufridas por el augusto Pio IX. En medio de una sociedad devorada por el egoismo, ofrecen un espec-

táculo magnifico los sacrificios de todo género, que los fieles se han impuesto voluntariamente y con placer para auxiliar al Pontífice-Rey. Las madres le dan sin vacilar, lo que tienen de mas caro en el mundo; ellas son las primeras en comprometer a sus hijos a que se alistén bajo los estandartes del Gefe de la Iglesia. Los jóvenes de las mejores familias, renuncian voluntariamente las mas bellas carreras para alistarse como simples soldados en la milicia del Papa. Los pobres son ingeniosos para encontrar, a pesar de su indigencia, el medio de manifestar tambien, a su manera, todo su amor hácia el Vicario de Jesucristo, y Dios se complace desde este mundo, en recompensar su generosidad. Ved aquí un tierno relato segun el *Messenger de la Semaine*:

«A vista de una de las costas de la Bretaña, se encuentra una pequeña isla que solamente está habitada por pobres pescadores. Del número de estos habitantes es una familia compuesta de veintidos personas: el abuelo, la abuela, el padre, la madre é hijos de todas edades. De estos, los que tienen mas fuerza, tienen mucho trabajo para ganar la subsistencia necesaria para todos, y para perder ménos tiempo confian a uno de los mas jóvenes el cuidado de ir a vender a la costa vecina el producto de la pesca. Este año, la importante mision de comisionado se habia confiado al buen Jacobo, verdadero tipo de rectitud y de simplicidad.

«En el dia en que nos encontramos, despues de haber hecho su oracion a Dios por el buen éxito de su empresa, Jacobo atravesó el brazo de mar que lo separaba de las costas de Francia, y llegó al mercado, donde trataba de recoger las mas interesantes noticias para contarlas en la velada. Las que circulan en este momento son seguramente las mas interesantes de todas para los corazones cristianos, puesto que se refieren a Roma y al Soberano Pontífice. Los unos hablan de una derrota mas gloriosa que la victoria, puesto que ninguno habia retrocedido ante la palma del martirio, única manera que les queda de protestar contra los despojos consumados respecto del Padre comun.

«Se cuenta también que el Santo Padre, cediendo a las necesidades absolutas de su gobierno el producto del Óbolo de San Pedro, cuyo rasgo generoso nos trasporta a los primeros siglos de la Iglesia, no teniendo más, había entregado todos los objetos dejados en su palacio para una lotería, cuyo producto sería conservado exclusivamente para socorrer a los más desgraciados de sus hijos. Se añade que cada billete será de veinte sueldos para que todos puedan tomarlos.

«Jacobo, que más de una vez había sentido que su poca edad no le permitiese solicitar el honor de estar en Castelfidardo, sintió latir su corazón al comprender que con veinte sueldos podía aún manifestar su adhesión a la causa santa; pero, ¡veinte sueldos! ¿cómo reunir jamás semejante suma fuera de las necesidades absolutas de la pobre familia?

«Jacobo se dirigió como siempre, a sus dos buenas madres del cielo: «La Santísima Virgen María y Señora Santa Ana de Auray,» rogándoles le sugiriesen el medio de adquirir también un «billete de la lotería pontificia,» a nombre de la pobre familia. ¡Qué felicidad para todos, si cada uno podía darse el testimonio de haber concurrido al deseo del Santo Padre, dándole los medios de hacer aún una limosna!

«¿Es a esta respuesta del cielo prometida a toda oración fervorosa, ó es al corazón de Jacobo solamente a quien debemos atribuir el repentino pensamiento que vino a iluminar su alma y a reanimar todas sus esperanzas? De cualquier manera que sea, Jacobo aceleró el paso, ardiente con el deseo de comunicarlo al consejo de los ancianos en el hogar doméstico. Así, después de haber contado las noticias del día al humilde auditorio doblemente atento, Jacobo, que ya había visto correr más de una lágrima de ternura y de pesar, aventuró en fin su proposición, esta ambiciosa proposición de llegar a encontrar, «sin gravar la conciencia, la suma de veinte sueldos contantes,» entre ellos en que con tanta frecuencia faltaba lo necesario. La proposición de Jacobo héla aquí: prometer un ayuno de veinte días, que so-

portarian solamente los más fuertes de la familia. «La privación de una comida puede muy bien calcularse en un sueldo, ¿no es así, buena madre?»

«A esta proposición siguió un grito general de gozo: ¡viva el santo ayuno! ¡viva el buen pensamiento, Jacobo! exclamaron a la vez todas las voces y todos los corazones del hogar. Pero no vayais a creer que te cedemos nuestros derechos, añadieron aún los más viejos y los más jóvenes; no, ¡no hay cuartel!

«Desde el día siguiente, la primera comida no contaba con los veintiun convidados, y al cabo de veintidos días, Jacobo voló más bien que corrió para depositar su ofrenda y traer en cambio su billete de la lotería pontificia.

En fin, hémos aquí en el día en que llegados los lotes a su destino, se consulta los nombres de aquellos a quienes la suerte ha sido favorable y toda la comarca toma parte en la felicidad de Jacobo cuando recibe la invitación de llevar su billete para demostrar su derecho en la distribución. Como es fácil adivinar, no faltó al llamamiento, y llenadas legalmente todas las condiciones, Jacobo se encontró en posesión de un paquete de forma casi circular y cuidadosamente cerrado por varias cubiertas selladas con lacres de color, el cual tomó violentamente, sin abrirlo, a pesar de las instancias que se le hacían.

«Como siempre, puso desde luego en manos del venerable anciano el precioso depósito, y varios encontraron sus movimientos demasiado torpes para corresponder a la impaciencia que dominaba a todos. Todos los ojos, todas las voces estaban como en suspenso, hasta el momento decisivo de la rotura de estos sellos, que debían mostrar a las claras este objeto tan sagrado que venía del Santo Padre el Papa.

«Este venerable jefe de una familia tan numerosa, después de haberse inclinado profundamente ante un depósito tan sagrado para él, pronunció estas palabras con una voz solemne y penetrada de una piadosa emoción: «Hijos míos, ninguno de los que estamos aquí es digno de romper estos

sellos que vienen de una fuente tan venerada. Así pues, Jacobo mio, nuestro consuelo, tú partirás mañana ántes de amanecer, para encontrarte en la iglesia en el momento en que el señor cura vaya a decir la misa, porque solo a él es debido el honor de romper estas cubiertas benditas.»

«A esta órden tan formal del venerable abuelo, toda la familia se sometió, aunque con gran tristeza, y despues de hacer como siempre la oracion en comun, la piadosa familia invocó el olvido del sueño, a fin de que la llegada del dia siguiente les pareciese ménos larga.

«Entretanto este dia tan deseado llegó al fin, y habiendo roto el digno pastor todos los sellos, los dos testigos se encontraron en presencia de una especie de cofrecito cubierto con una piel morada y cerrado por tres broches dorados.

«Ya el cofre, al cual daremos el nombre de estuche, apareció con una gran belleza; ¿pero cuál seria su admiracion cuando habiendo hecho voltear los broches, el cofre ofreció a los ojos sorprendidos de nuestros dos espectadores un aderezo de gruesas piedras de un color brillante, rodeadas cada una por otras pequeñas mas brillantes aún que las primeras? La admiracion fué tal para ambos, que quedaron como mudos. «¡Ah! señor cura, exclamó Jacobo, yo sabia muy bien que esto habia de suceder de un modo ó de otro.—¡Cómo! ¿tú sabias que habias de ganar un presente tan bello? Veamos, Jacobo, explícate.»

«Jacobo entónces, volteándose por todas partes como para asegurarse bien de que ninguno podia oírlo, se acercó mucho al señor cura y le dijo en voz baja: «puesto que el señor cura me ordena hablar, Jacobo no puede callarse; yo voy pues a decirle mi secreto, tal cual es, sin que jamas hasta ahora lo haya oído alguno sobre la tierra. Falta, pues, que sepais, señor cura, que en el bello dia de mi primera comunión que vos tuvisteis la bondad de darme, en el momento que yo acabé de recibir a Nuestro Señor Jesucristo, sentí como una voz que me hablaba allá en mi corazon y que me decia: «¿Jacobo, no serias muy feliz si un dia te hiciese el

«honor de tomarte a mi servicio como al señor cura? ¡Ah! «mi buen señor, Jacobo moriria de gozo» respondí yo, sin saber a quien hablaba. Todo el resto del dia creí oír siempre estas mismas palabras; y aunque trataba de olvidarlas, como no hacia mas que llorar, tomé el partido de ir a contar todo esto a nuestra buena Santa Ana. Y miétras enjugaba mis pobres ojos, hé aquí que oí en el corazon una voz que me dijo: «no lloréis mas, Jacobo mio; lo que tú deseas te será concedido.»

«Despues de haber convertido el lote de la lotería pontificia en provisiones de toda especie para la pobre familia, el buen Jacobo tuvo la dicha de ser admitido gratuitamente en un pequeño seminario, donde es un alumno piadoso, activo y que promete muchas esperanzas.»

Las dos ciudades.

La Italia presenta en este momento el espectáculo de las dos ciudades de que habla San Agustín, la ciudad del Bien y la ciudad del Mal; la ciudad de Jesucristo y la de Belial; la ciudad de Pio IX y la de Garibaldi.

Hé aquí un extracto de la *Correspondance de Rome*, Febrero de 1867, que servirá de pieza justificante á nuestro aserto:

«Nosotros tenemos frecuentemente la ocasion de afirmar que hay dos Italias bien distintas, la que forman los *revolucionarios* y la que forman los *cristianos*. A los hombres que se precian de moderados que nos reprochen esta distincion y reivindiquen para los revolucionarios la cualidad de cristianos, les responderémos que por sus actos y por sus doctrinas, los revolucionarios encarnizados en la persecucion de la Iglesia y en la destruccion del Papado, rechazan esta cualidad, la desprecian y la odian; y a fin de dar una prueba irrecusable del contraste que presentan sin cesar los unos y los otros, recogémos algunas de las leyendas que acompañan las ofrendas al Óbolo de San Pedro y las ofrendas al *Conorzio Nazionale*.

«Se sabe que la *Unitá Cattólca*, órgano principal de los católicos en Italia, acogiendo la proposicion de un patricio de Módena, el señor conde Claudio Boschetti, se ha encargado de recibir la ofrenda de *cien ciudades de Italia*, con motivo del centenario de los mártires Pedro y Pablo, y de publicar un *Album* que reuna con la indicacion de las suscripciones particulares, las leyendas que acompañan a estas suscripciones. Así nosotros encontramos en la primera publicacion de la *Unitá Cattólca*, con fecha de 18 de Enero, las siguientes líneas:

«¡Oh Dios Eterno! en vos ponemos toda nuestra esperanza, y ofrecemos al Santo Padre, 21 francos implorando su bendicion.—Yo imploro la bendicion apostólica, porque quie-

ro obtener una grande gracia del cielo, y envio 1 franco 50 céntimos a Pio IX.—E. G., que desearia ofrecer 100,000 fs. ofrece al Soberano Pontífice 20 y pide una bendicion especial para sí y para sus hijos. ¡Que la caridad del amor de Jesucristo inflame su corazon! El pequeño Julio, 2 francos, la pequeña Emilia, 1 franco.—Padre Santo, nosotros os amamos y pedimos a Dios por vos. Y vos bendecidnos y rogad por nuestra perseverancia y por la salvacion de aquellos que os persiguen, porque no conocen ni a vos ni a la amable religion católica, 30 fs.—Santísimo Padre, he aquí 5 fs. que un pobre cápuchino de la diócesis de Suse ofrece a Vuestra Santidad; son la limosna de las cinco primeras misas que ha celebrado despues de haber sido expulsado de su muy amado convento.—Un sacerdote que vive en el interior de un valle de la Liguria, separado del mundo, pero unido con el corazon y el espíritu a la santa Iglesia católica y a vos, ¡oh! Pontífice romano, 5 fs. Santo Padre, yo pido vuestra bendicion para mi padre enfermo.—Una mujer pobre que admira la pobreza del niño Jesus y de su Vicario.—Una cristiana enferma é incurable implora la bendicion, a fin de sufrir con paciencia.—¡Oh María Inmaculada, consolad al angélico Pio IX, convertid a los pecadores, dad la paz a la Iglesia y a la sociedad.—Una escuela de niñas, 5 francos 15 céntimos.—Un cura pobre de la diócesis de Imola y sus pobres parroquianos, os ofrecen, ¡oh Santo Pontífice y Rey! 10 francos que han colectado durante la novena de María Inmaculada.—Aunque nuestras miserias aumenten, no dejarémos de ofreceros nuestro óbolo.—Mientras que tengamos mi familia y yo un pedazo de pan, lo dividirémos con nuestro Padre.—Nosotros somos unos pobres aldeanos que ganamos con trabajo nuestra vida, os ofrecemos lo que tenemos.—Bienaventurado Padre, los ángeles nos han anunciado la paz el día de Navidad, y nosotros os deseamos la paz.—Una mujer viuda se presenta al Vicario de Cristo con la fe que llenaba el corazon de los pastores de Bethlehem ante el niño Jesus.—Mis ojos se vuelven hácia vos, ¡oh Vi-

cario de Dios vivo! Bendecidme.—Yo no soy mas que un niño, pero lo que recibo de mi padre, os lo ofrezco, ¡oh Pontífice Santo!—Un obrero tipógrafo, que obligado ha impreso algunas poesías contra el poder temporal del Papa y contra la religion, implora el perdon y la bendicion de Pio IX.—Hé aquí mi ofrenda a la magnánima pobreza y a la soberana debilidad del Rey-Pontífice Pio IX, al cual quisiera poder decir con Bossuet y Fenelon: «Santo Padre, olvideme yo de mí mismo si llego a olvidaros, y séquese mi lengua y permanezca inmóvil en mi boca.» *

* Ha llamado mucho la atención este año, el gran número de extranjeros que han venido a Roma de las diversas regiones de la península Italiana. Este número era muy limitado desde 1860, y esto se comprende. Ahora los católicos italianos son menos tímidos en la manifestacion de sus sentimientos, y ademas, se afanan en afirmarlos abiertamente para consolar al Santo Padre de las amarguras que le vienen de la Italia misma. En este momento se recoge en esta comarca tan querida para la Iglesia, pero tan trabajada por el espíritu del mal, un álbum de firmas y ofrendas para el Obolo de San Pedro, que serán presentadas a Su Santidad, el 29 de Junio, aniversario del martirio del Príncipe de los apóstoles. No abrimos un diario católico de Turin, de Milan, de Venecia, de Florencia, de Bolonia, de Nápoles, de Palermo, sin encontrar en él columnas enteras de nombres y de sumas.

Así la *Unita Cattolica* del 23 de Abril contiene un artículo titulado *Ancona a Pio IX con motivo del Centenario*. El obispo, algunos sacerdotes y los seminaristas, a pesar de la penuria a que están reducidos, ofrecen 623 fr.—Un eclesiástico da 120 fr.—El marqués Mancinforte y su esposa envían 100 fr.—Una señora que no se da a conocer se inscribe con 106 fr.—Una pobre sirvienta con 3 fr.—Un esportillero del muelle con 7 fr. 50 cs.—Una pobre familia que ha sufrido mucho a causa de su adhesión a la Santa Iglesia y a sus derechos, con 53 fr. etc.

Los diarios dan en páginas suplementarias, las listas de estos donativos, y en ellas, se ven a muchos napolitanos: la condesa María Statella ofrece un anillo de oro y una cruz de diamantes; la baronesa Sezza una onza de oro, sus hijas un fístel, un brazalete, pendientes y anillos de oro. La princesa Bisignani, un fístel; la duquesa de Scondito, un lapicero de oro adornado con piedras preciosas; la marquesa de Casalbore y sus cinco hijas ponen á los pies del Santo Padre todas sus joyas, etc., etc. Al lado de estas señoras de alto

«Tales son los sentimientos expresados por los italianos cristianos. Se sienten algunas veces los ojos húmedos al recorrer estas inscripciones, porque en ellas se encuentran los recuerdos mas tiernos de los primeros tiempos de la Iglesia.

«Después de haber señalado las manifestaciones de amor de los cristianos, mostraremos las explosiones del odio de los revolucionarios. Son los de Roma los que hablan, y es el periódico clandestino *Roma dei Romani*, que les sirve de órgano, el que publica la cuarta lista de las ofrendas al *Consorcio nacional*. «¡Viva Víctor Manuel, rey coronado en el Capitolio!—¡Que la hipocresía sacerdotal sea destruida!—¡Viva el rey, hombre galante!—¡Gran golpe!—¡Los romanos esperan la solución!—¡La libertad ó la muerte!—¡Abajo la tiranía!—¡Abolición del poder temporal!—¡Hechos y no palabras!—¡Maldición a la gente avara!—¡Abajo los extranjeros!—¡Muerte a los extranjeros!—¡Viva Garibaldi!—Muerte a quien yo sé!—¡Mi hijo esclavo! ah! mas bien degollarlo!—¡Viva la guerra!—Muerte a los católicos!—¡Odio al enemigo de mi país!—¡A despecho del Papa!—¡No hay Cristo que se tenga!—Destruid el nido y los cuervos desaparecerán!—¡El hombre muerto, ya no hace la guerra!—¡Odio a los sacerdotes, amor a Víctor Manuel!—¡Muerte a los traidores!—¡Muerte a los bárbaros!—¡Callaos, excomulgadores!—Ya no mas misas!—¡Mañana seréis cadáveres!—¡Los gazmoños apestan y son malsanos!—¡Abajo los Chinos del Vaticano!—¡Muera la canalla católica!»

«No hemos temido poner a la vista de nuestros lectores las palabras de odio y de venganza, los votos impíos y de-

rango, se presentan algunas mujeres pobres, pero mas ricas tal vez de adhesión y amor, y dan tambien sus anillos, sus pendientes, sus peinetas de oro . . . y su corazón de oro.

¡Ah! ¡qué historia tan bella de filial ternura obliga la impiedad a escribir a los católicos! Las damas romanas no quieren ser vencidas en generosidad, y se dice que preparan al Santo Padre dones magníficos. La princesa Corsini ha ofrecido ya un anillo de un valor inmenso.

testables de los revolucionarios. Estas palabras y estos votos opuestos a las manifestaciones del espíritu católico, bastan ampliamente para hacer apreciar el carácter de las dos Italias, la Italia de la revolucion y la Italia del Papa.»

Una pobre holandesa á los piés del Santo Padre.

La adhesion, así como la piedad, afectan en su delicadeza, formas diversas. Hé aquí un rasgo citado por un testigo:

«Una pobre holandesa, Catarina N^{***}, era cocinera en Bruselas. Habiendo caído enferma, hizo voto de ir a Nuestra Señora de la Saleta, si sanaba. Sanó, pero muy pronto olvidó su voto. Dios se lo recordó con toda clase de males físicos, y sufrimientos morales. Entónces vendió una parte de sus bienes, y tomó con resolucion el camino de la Saleta. Al pié de la montaña, aunque el cansancio y sus sesenta años la postrasen, a pesar de que hacia frio y caía una lluvia muy fuerte, se quitó su calzado y subió como penitente. Las caídas fueron numerosas; llegó golpeada, ensangrentada, pero llena de consuelo. Una peregrinacion llama a otra. Catarina se dijo: «Iré a orar sobre la tumba de los apóstoles Pedro y Pablo,» y llegó a Roma. Trató ademas de ver al Papa. Catarina tiene un ángel de guarda que se encarga de allanar todas las dificultades. Ha sido presentada a Pio IX por Mr. de Merode. El alma es insaciable acá en la tierra. Catarina ha pensado: «¿No es necesario que yo dé las gracias a la Santa Virgen por todo lo que me ha sucedido?» Y partió para Loreto. Aquí algunas personas piadosas le han encargado algunas comisiones para Roma. Como los viajes no le cuestan nada, Catarina está de vuelta. Hay más, se queda en Roma.

—Vos sois cocinera, le dijo Mr. de Merode; bien, vos me haréis para comer, algunos platos de nuestro país. Os tomo para mi servicio.

—Ah! cuán bueno es Dios, exclamó la anciana cocinera en su lenguaje sencillo! ¡Yo le habia pedido que me diese por amo un buen cura, y me da un arzobispo, y todavía más, de nuestro país, y me hospeda en el Vaticano! Pero así sucede. ¡Pedid a Dios una cosa pequeña como la punta del dedo, y os dará una grande como el brazo!

A Pio IX, las hijas de la Providencia.

Se necesitarian volúmenes y mas volúmenes para referir todo lo que los católicos de todos los países hacen por el augusto Pio IX. Jamás, sin que temamos afirmarlo, ningun Papa ha sido tan amado como el Santo Pontífice que ha glorificado tanto a María inmaculada. Apénas los niños tienen el uso de la razon, cuando ya solicitan como un favor, el poder hacer algunos sacrificios por aquel a quien se llama el Papa. Se leerá con edificacion el siguiente extracto de una carta que hemos recibido hace algun tiempo:

Las niñas de la Caridad ó de la Providencia de San Chamon, bajo la inspiracion de su directora, religiosa de San José, han tenido el pensamiento de confeccionar, estimuladas por la lectura del Propagador y del Triunfo de Pio IX, pequeños estuches de carton, cubiertos de raso blanco, azul, rosa, etc. Las grandes y generosas señoras de San Chamon, la ciudad de las buenas obras, las han pagado a precios muy altos, y añadiendo el precio de la conveniencia y de la caridad, se dejan fácil y religiosamente tentar en favor del Santo Padre, por pequeñas divisas provocadoras, encerradas en cada uno de estos maravillosos estuches.

Gracias a esta piadosa cita, dada por la tímida ambicion de estas pobres niñas (que no hubieran tenido nunca cinco céntimos para sí), y gracias tambien a la opulencia que sabe prodigar el oro, me han enviado para llevar al Santo Pa-